

Los cuentos de
**Rodolfo
Walsh**

Pág. 6

John Cheever
Reunión



pág. 4

**Jorge
Herralde**

Entrevista con el
editor de Anagrama



Contraportada

año 3
número 14
junio - agosto 2010
10000 ejemplares

Paréntesis

El periódico literario

**Mejora
tu verano**



cacmálaga

Centro de Arte Contemporáneo

Victoria Civera

Hasta el 29 de agosto

Poemas de Dylan Thomas
y Ángel Guinda

pág. 3

Confesiones de un párrafo,
de Noemí Sánchez

pág. 5

Stevie Ray Vaughan

pág. 6

Taller de Escritura

pág. 7

Microtextos

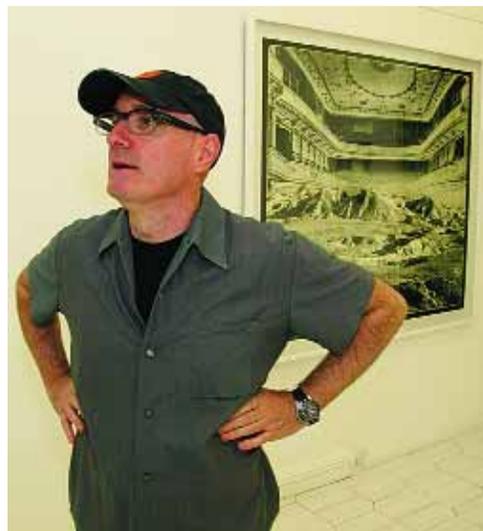
pág. 8

El placer de la nada

pág. 10

Una historia verdadera

pág.11



**Pablo
Genovés**

La serena
violencia de las
catástrofes

Pág. 9



Periódico Paréntesis

C/Sánchez Pastor, 1, 1ªdcha.
29015 Málaga
Tlf. 952 60 82 44

www.tallerparentesis.com
periodico@tallerparentesis.com

Director Rafael Caumel
Consejero Antonio Almansa
Coordinadora Lola Lorente
Delegado Jorge Rosa

Redacción
Poesía de Siempre y de Hoy:
Montserrat López,
y otros
Prosa de Siempre:
Rafael Caumel,
Antonio Almansa,
y otros
Prosa de Hoy:
Pablo Betancourt,
y otros
Viajes y Literatura:
Pedro Rojano,
Rafael Caumel,
y otros
Música y Literatura:
Damián Marrapodi,
Jorge Rosa,
y otros

Escritura y Psicoanálisis:
Emilio Mármol, y otros
Taller de Escritura:
Rafael Caumel
Crítica literaria:
Antonio Almansa, y otros
Los lectores escriben:
Eugenia Carrión,
Montserrat López,
Damián Marrapodi,
y otros

Cine:
Sergio de los Santos, y otros
Convocatorias de concursos:
Pablo Betancourt, y otros
Cartas de los lectores:
Lola Lorente
Entrevista:
Lola Lorente, y otros

Diseño y Maquetación:
Rafael Caumel
Aux. maquetación:
Mauricio Ciruelos
Aux. imágenes
Pedro Rojano,
Damián Marrapodi

Editorial

El último invento andaluz que enorgullece a las altas instancias autonómicas es un helado para perros. Lo presentan sin pudor como un ejemplo a seguir en el campo de la investigación y desarrollo, y a la universidad donde ese sueño ha sido materializado, y por extensión a todos los andaluces, como uno de los faros de la vanguardia tecnológica mundial.

La bondad de la noticia es comprensible. Suponemos que será muy amplio el mercado que un producto de estas características puede abrir en una sociedad inclinada a ser más humana con los animales que con las personas. Aprendimos hace tiempo a no fiarnos de los demás.

En demasiadas ocasiones, los políticos son uno de los colectivos más eficaces a la hora de minar la confianza en el ser humano. Uno de los vídeos que más influencia ejerció en la opinión pública para convencerla de la necesidad de la Primera Guerra del Golfo fue el de un cormorán alquitranado hasta las pestañas. Las televisiones de todo el mundo lo difundieron, y tuvo un efecto fulminante sobre la imagen del dictador Saddam Hussein, mucho más que la noticia de la matanza de Dujail o el

criminal ataque químico que ordenó contra el pueblo kurdo de Halabja. Más tarde, se descubrió que lo del cormorán había sido un montaje del gobierno estadounidense, pero el trabajo ya estaba hecho.

Nos oponemos a la violencia contra los animales, por supuesto, pero nos inquieta más la violencia contra las personas y, entre sus versiones, la sibilina y continua agresión de un sistema socioeconómico que nos arrastra al aislamiento y la desconfianza.

Sin pretender con ello reducir la

facturación de las tiendas de mascotas, en *Paréntesis* queremos manifestar que tenemos la obligación de recuperar la fe en el Hombre. Lo más emocionante para una persona es siempre otra persona, sea por contacto directo o mediante su obra.

Este periódico tiene la vocación de acercar lo humano a quien abra sus páginas. Crear este lugar de encuentro es nuestra forma de luchar contra la desconfianza. Esperamos que nuestros lectores disfruten las refrescantes propuestas de este número.



Cartas de los lectores

15 de mayo: fiesta nacional

En la Noche en Blanco el centro de Málaga estaba rebotante de personas que peregrinaban de una muestra a otra con el programa de eventos en la mano. Las colas para entrar en algunos museos fueron importantes. El colapso de la calle Granada invitaba a pensar que el trono del Cautivo podía aparecer en cualquier momento por una esquina. Extrañaba no ver las fachadas empapeladas con carteles de rebujito.

Si la propuesta consistía en darle a la cultura carácter de fiesta nacional, me parece buena idea (los bares hicieron una caja más propia de semana santa), pero hay muestras, conferencias, recitales, conciertos durante el resto de año, de acceso gratuito, con poquísima asistencia de público. ¿Por qué no los aprovechamos?

Lucía Mora
Málaga

Una birra de periódico

Me gusta mucho vuestro periódico y pienso que cada vez lo estáis haciendo mejor. Buena muestra de que esto es así son los comentarios que escucho en mi entorno, tanto los de apoyo como algunos de repulsa. En cuanto a los primeros, agradecen como yo la utilidad de una publicación que ofrece textos amenos y sugerentes, con muchas recomendaciones de libros fuera de toda sospecha comercial. Estamos encantados con lo que nos parece una apuesta única en el panorama de las publicaciones culturales.

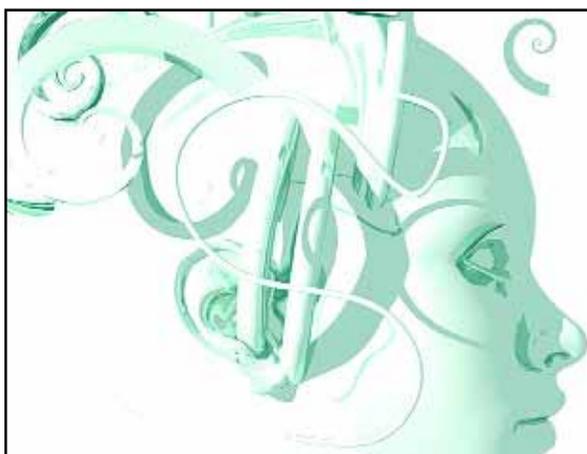
Con respecto a los comentarios de repulsa, en dos ocasiones me he sentido obligado a defender vuestro trabajo ante personas que lo calificaban de "periódico de taller" con la intención de desprestigiarlo. Me sorprenden las ansias de demoler una buena iniciativa sólo por envidia. A quien se posiciona así, le pregunto qué está publicando él

o ella que le permita hablar de esa forma. Para poder comparar, ¿entienden? La respuesta a esta pregunta consiste en apartar la vista, porque no están haciendo nada. Tengo la sensación de que se reacciona de esta manera mezquina porque en nuestra pequeña y provinciana ciudad cualquier trabajo bien hecho se percibe como una amenaza, en lugar de verlo como lo que es: una oportunidad de aumento del tejido cultural que propicie más focos de creación e intercambio.

El hecho de cosechar tantas adhesiones, y algunos rechazos muy sospechosos, me parece muy significativo de la importancia que está adquiriendo vuestro periódico.

Enhorabuena.

Ángel Pena
Málaga



NEOÁTICA
SERVICIOS PROFESIONALES PARA INTERNET

DOMINIOS · DISEÑO DE WEBS · ALOJAMIENTOS · APLICACIONES ONLINE

Contacto · Correo electrónico: info@neoatica.com · Web: www.neoatica.com
· Telf: 952 60 29 59

Tasio Peña



Poesía de Hoy

Ángel Guinda (Zaragoza, 26/8/1948)

Claro interior (2000-2007)
(Olifante Ediciones de Poesía, 15 €)

Cajas

Lo diría una indígena y tendría razón.
"Ustedes tienen la vida organizada en cajas.
Nacen y les dejan en una cajita,
su casa es una caja, y las habitaciones
son cajas más pequeñas.
Suben a la casa en una caja,
bajan a la calle en una caja.
Viajan en una caja.
Duermen y hacen el amor sobre una caja.
A través de una caja ven el mundo.
Cambian de casa: lo meten todo en cajas.
Y cuando mueren
les introducen también en una caja.
Los Bancos y las Cajas tienen caja,
los establecimientos tienen y hacen caja."
Todo está hecho para que encajemos.
Nos encajan la vida.
Algunos no encajamos, y nos desencajamos

Poesía de Siempre

Dylan Thomas (1914-1953)

A los veinte años conmovió el ambiente literario de Londres con un libro que proponía una poesía mágica, oscura pero también natural e instintiva. Mito de una generación, fue uno de los grandes malditos.

Amor en el asilo

Ha venido una extraña
a compartir mi espacio en la casa, no bien de la cabeza
una chica con la cabeza a pájaros

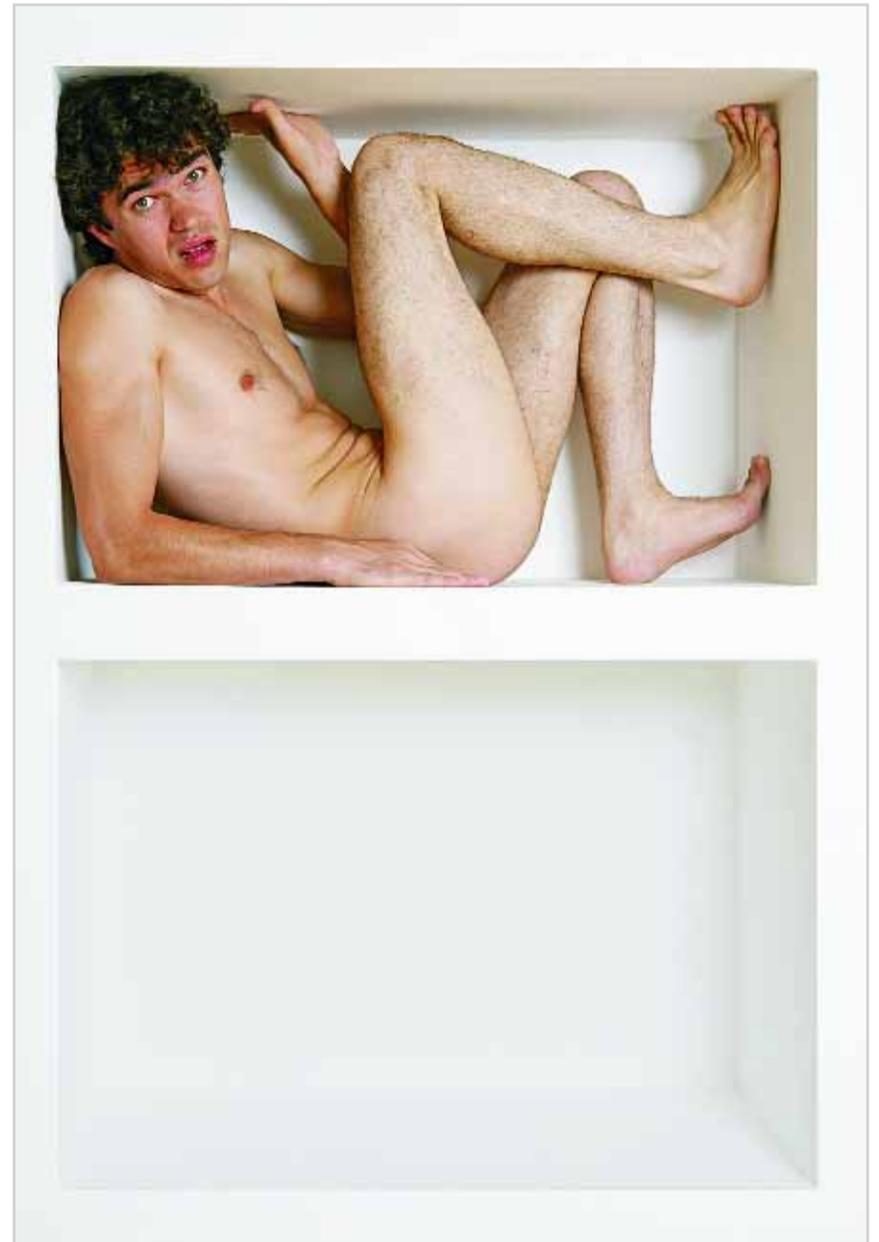
corriendo el pestillo de noche con su brazo de pluma
derecha en la laberíntica cama
engaña a la casa a prueba de cielo con nubes entrantes.

Empero engaña recorriendo el cuarto de pesadilla
amplio como los muertos
o cabalga imaginados océanos de recintos varoniles.

Ha llegado poseída
admitiendo la luz engañosa bailando sobre la pared,
poseída por los cielos.

Duerme en el estrecho cauce pero recorre el polvo
y maldice a voluntad
sobre las mesas del manicomio desgastadas por mis lágrimas
caminantes.

Y llevado por la luz en brazos de ella muy a mi gusto
puedo sin error
sufrir la primera visión que puso fuego a las estrellas.



Si desea publicar un poema, cuento o microrrelato, envíelo junto a su nombre, apellidos y teléfono a colaboraciones@tallerparentesis.com. Paréntesis incluirá los mejores en los siguientes números del periódico.

Reunión, de John Cheever

La última vez que vi a mi padre fue en Grand Central Station. Yo venía de estar con mi abuela en los Adirondacks, y me dirigía a una casita de campo que mi madre había alquilado en The Cape; escribí a mi padre diciéndole que pasaría hora y media en Nueva York debido al cambio de trenes, y preguntándole si podíamos comer juntos. Su secretaria me contestó que se reuniría conmigo en el quiosco de información a mediodía, y cuando aún estaban dando las doce le vi venir a través de la multitud. Era un extraño para mí —mi madre se había divorciado tres años antes y yo no le había visto desde entonces—, pero tan pronto como le tuve delante sentí que era mi padre, mi carne y mi sangre, mi futuro y mi fatalidad. Comprendí que cuando fuera mayor me parecería a él; que tendría que hacer mis planes contando con sus limitaciones. Era un hombre corpulento, bien parecido, y me sentí feliz de volver a verle. Me dio una fuerte palmada en la espalda y me estrechó la mano.

—Hola, Charlie —dijo—. Hola, muchacho. Me gustaría que vinieses a mi club, pero está por las calles Sesenta, y si tienes que coger un tren enseguida, será mejor que comamos algo por aquí cerca.

Me rodeó con el brazo y aspiré su aroma con la fruición con que mi madre huele una rosa. Era una agradable mezcla de whisky, loción para después del afeitado, betún, traje de lana y el característico olor de un varón de edad madura. Deseé que alguien nos viera juntos. Me hubiese gustado que nos hicieran una fotografía. Quería tener algún testimonio de que habíamos estado juntos.

Salimos de la estación y nos dirigimos hacia un restaurante por una calle secundaria. Todavía era pronto y el local estaba vacío. El barman discutía con un botones, y había un camarero muy viejo con una chaqueta roja junto a la puerta de la cocina. Nos sentamos, y mi padre le llamó con voz potente:

—*Kellner!* —gritó—. *Garçon! Cameriere!* ¡Oiga usted!

Todo aquel alboroto parecía fuera de lugar en el restaurante vacío.

—¿Será posible que no nos atiendan nadie aquí? —gritó—. Tenemos prisa.

Luego dio unas palmadas. Esto último atrajo la atención del camarero, que se dirigió hacia nuestra mesa arrastrando los pies.

—¿Esas palmadas eran para llamarme a mí? —preguntó.

—Cálmese, cálmese, sommelier —dijo mi padre—. Si no es pedirle demasiado, si no es algo que está por encima y más allá de la llamada del deber, nos gustaría tomar dos gibsons con ginebra Beefeater.

—No me gusta que nadie me llame dando palmadas —dijo el camarero.

—Tendría que haber traído el silbato —dijo mi padre—. Tengo un silbato que sólo oyen los camareros viejos. Ahora saque el bloc y el lápiz y procure enterarse bien: dos gibsons con ginebra Beefeater. Repita conmigo: dos gibsons con ginebra Beefeater.

—Creo que será mejor que se vayan a otro sitio —dijo el camarero sin perder la compostura.

—Esa es una de las más brillantes sugerencias que he oído nunca —dijo

ro—, pero no le serviré más bebidas alcohólicas al muchacho.

—De acuerdo, yo también tengo algo que comunicarle —dijo mi padre—. Algo verdaderamente interesante. Sucede que éste no es el único restaurante de Nueva York. Acaban de abrir otro en la esquina. Vámonos, Charlie.

Pagó la cuenta, y nos trasladamos de aquel a otro restaurante. Los camareros vestían americanas de

Por lo menos eso es lo que dice mi amigo el duque. Veamos qué tal es la producción inglesa en lo que a cócteles se refiere.

—Esto no es Inglaterra —dijo el camarero.

—No discuta conmigo —dijo mi padre—. Límitese a hacer lo que se le dice.

—Creí que quizá le gustara saber dónde se encuentra —dijo el camarero.

—Si hay algo que no soporto —dijo mi padre—, es un criado impertinente. Vámonos, Charlie.

El cuarto establecimiento en el que entramos era italiano.

—*Buon giorno* —dijo mi padre—. *Per favore, possiamo avere due cocktail americani, forti, forti. Molto gin, poco vermut.*

—No entiendo el italiano —dijo el camarero.

—No me venga con esas —dijo mi padre—. Entiende usted el italiano y sabe perfectamente bien que lo entiende. *Vogliamo due cocktail americani. Subito.*

El camarero se alejó y habló con el encargado, que se acercó a nuestra mesa y dijo:

—Lo siento, señor, pero esta mesa está reservada.

—De acuerdo —dijo mi padre—. Denos otra.

—Todas las mesas están reservadas —dijo el encargado.

—Ya entiendo —dijo mi padre—. No desean tenernos por clientes, ¿no es eso? Pues váyanse al infierno. Vada all'inferno. Será mejor que nos marchemos, Charlie.

—Tengo que coger el tren —dije.

—Lo siento mucho, hijito —dijo mi padre—. Lo siento muchísimo. —Me rodeó con el brazo estrechándome contra sí—. Te acompaño a la estación. Si hubiéramos tenido tiempo de ir a mi club...

—No tiene importancia, papá —dije yo.

—Te voy a comprar un periódico —dijo—. Te voy a comprar un periódico para que leas en el tren.

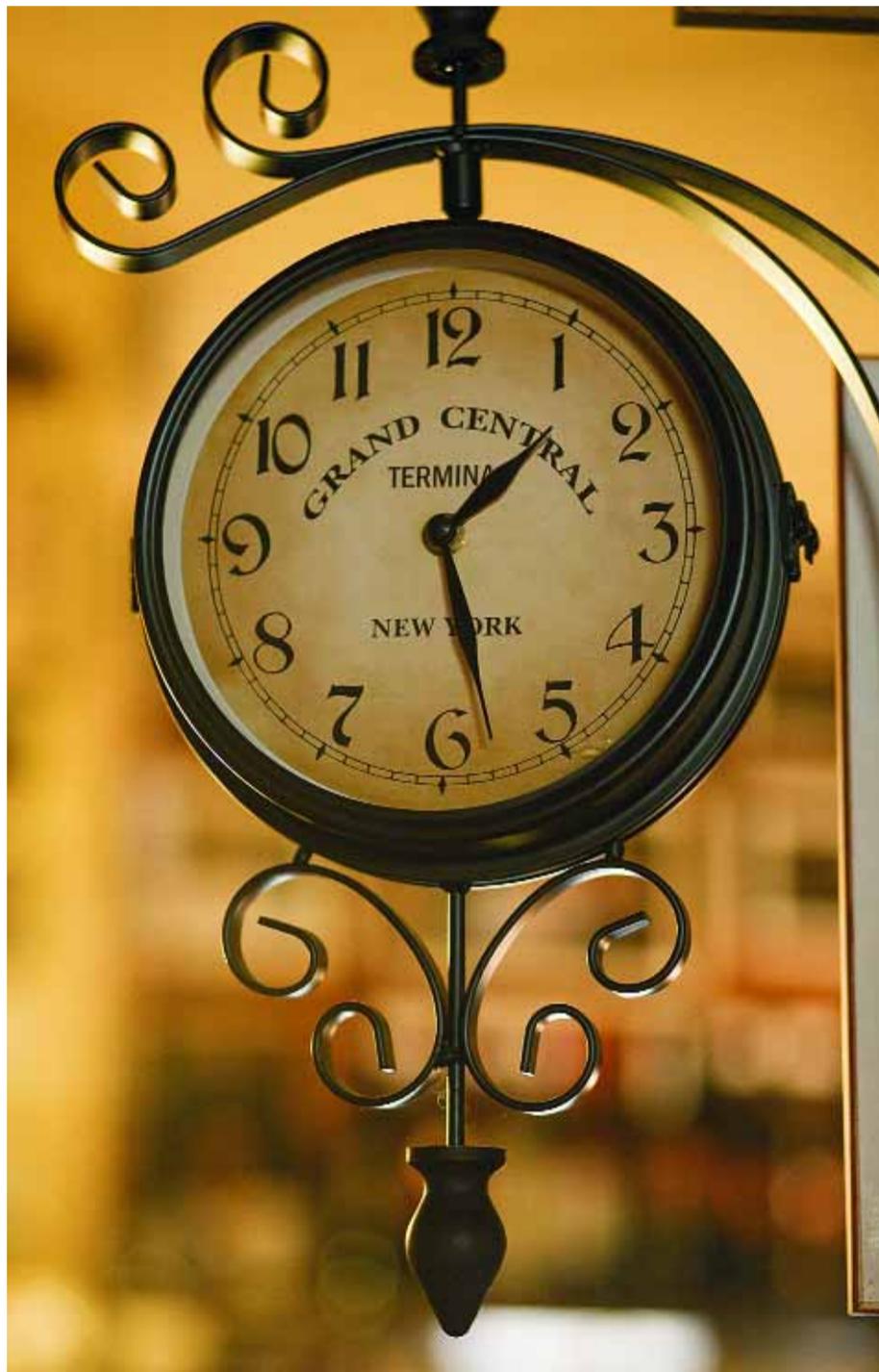
Se acercó a un quiosco y dijo:

—Mi buen amigo, ¿sería usted tan amable como para obsequiarme con uno de sus absurdos e insustanciales periódicos de la tarde? —El vendedor se volvió de espaldas y se puso a contemplar fijamente la portada de una revista—. ¿Es acaso pedir demasiado, señor mío? —dijo mi padre—, ¿es quizá demasiado difícil venderme uno de sus desagradables especímenes de periodismo sensacionalista?

—Me tengo que ir, papá —dije—. Es tarde.

—Espera un momento, hijito —repliqué—. Sólo un momento. Estoy esperando a que este sujeto me dé una contestación.

—Hasta la vista, papá —dije; bajé las escaleras, tomé el tren, y aquella fue la última vez que vi a mi padre.



mi padre—. Vámonos de aquí, Charlie.

Seguí a mi padre y entramos en otro restaurante. Esta vez no armó tanto alboroto. Nos trajeron las bebidas, y empezó a someterme a un verdadero interrogatorio sobre la temporada de béisbol. Al cabo de un rato golpeó el borde de la copa vacía con el cuchillo y empezó a gritar otra vez:

—*Garçon! Cameriere! Kellner!* ¡Oiga usted! ¿Le molestaría mucho traernos otros dos de lo mismo?

—¿Cuántos años tiene el muchacho? —preguntó el camarero.

—Eso —dijo mi padre— no es en absoluto de su incumbencia.

—Lo siento, señor —dijo el camarero—,

color rosa, semejantes a chaquetas de caza, y las paredes estaban adornadas con arneses de caballos. Nos sentamos y mi padre empezó a gritar de nuevo:

—¡Que venga el encargado de la jauría! ¿Qué tal los zorros este año? Quisiéramos una última copa antes de empezar a cabalgar. Para ser más exactos, dos Bibson Geefeaters.

—¿Dos Bibson Geefeaters? —preguntó el camarero, sonriendo.

—Sabe demasiado bien lo que quiero —dijo mi padre muy enojado—. Quiero dos Beefeater gibsons, y los quiero deprisa. Las cosas han cambiado en la vieja y alegre Inglaterra.

Confesiones de un párrafo, de Noemí Gómez Garrido

—¡Eh, amigo!, ponme otra.
 —No debería tomar más, señor.
 —Y tú no deberías dar consejos que no te piden o no harás negocio, chaval.
 —Discúlpeme, señor. ¿Qué le sirvo?
 —Algo diferente. No sé...
 —¿Metáforas?
 —Demasiado añejo. ¿Tienes onomatopeyas de los cincuenta?
 —Marvel Superhéroes; la mejor cosecha.

Perfecto, con hielo y limón. ¡Y no me mires así! Sé lo que estás pensando: que soy un pobre párrafo que no tiene donde caerse muerto, un diablo emborrachándose de acepciones baratas en un diccionario cutre de bolsillo.

—Yo no opino, señor.
 —Ya, mejor; no necesito sentirme más culpable de lo que ya me siento.
 —Vamos, hombre, deje de llorar; todo tiene solución en esta vida.

—No, lo mío no tiene solución posible; soy un párrafo acabado. ¿Sabes...? Yo he sido uno de los mejores párrafos románticos del mundo literario. Y ahora... Todo se fue por los márgenes. He trabajado a las órdenes de los mejores guionistas; he sido párrafo predilecto de telenovelas y comedias románticas. Y ¡cómo me aclamaba el público! Me adoraban.

Pero hoy en día el romanticismo está pasado de moda: nadie ve las telenovelas, Corín Tellado vende menos que nunca y el único trabajo que encontré fue en una sección de economía. ¡Yo de economista! Imagínate, no sé nada de números... ¡Y mucho menos ser pragmático y conciso!

Hoy mismo he dimitido. Han dicho que soy demasiado barroco para el puesto. ¿Barroco yo? ¡Qué tontería! Lo que pasa realmente es que no quieren que pienses por ti mismo; ése es el problema, quieren peleles a los que poder manejar a su antojo. ¡Oye! Otra de lo mismo... Así, ¿qué esperanza voy a tener ya de ser un párrafo feliz? En este mundo, se cobra por extensión y me han reducido tanto que mira en qué estado han quedado mis frases. Yo no quería ser un renglón cualquiera...

—No llore más, señor; ande, anímese; seguro que sale adelante.

—Ya me lo decía mi madre, sí, ella lo sabía; cuando era chico y apenas contaba con dos líneas, me decía:

«—Eres igual que tu padre, y eso te llevará por mal camino. Mira cómo acabó él. No era el mejor en su trabajo, pero al menos sobrevivía dignamente. Pero se estropeó; le dio por el amor, por la ternura y esas idioteces, y así terminó convirtiéndose en un escaso y miserable verso. Eso, hijo mío, es lo peor que puede pasarle a un párrafo honrado y de

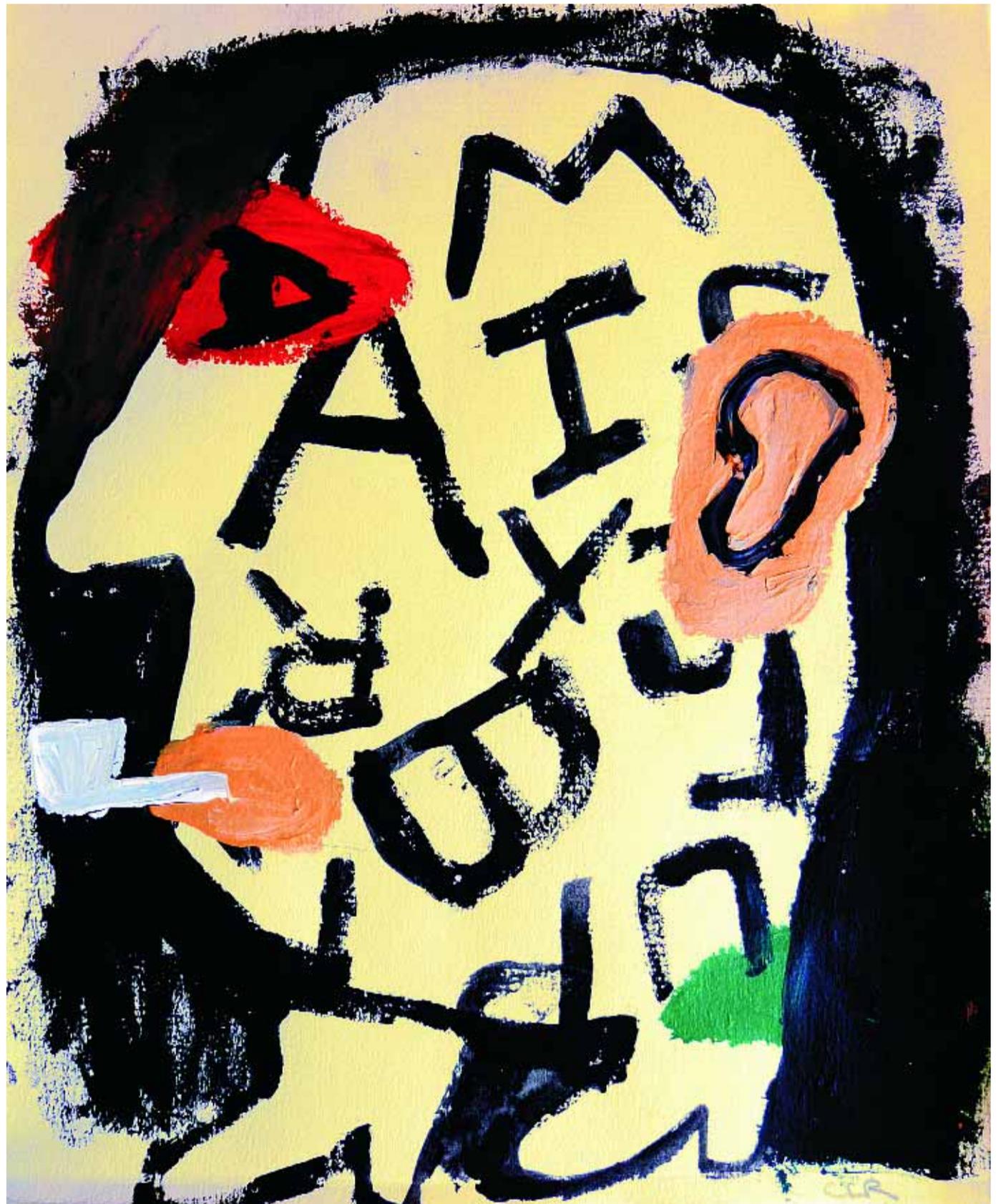


Ilustración: Cristina Lama Ruiz (cristilama@hotmail.com)

buena familia. Hazme caso, olvida los sueños de grandeza o acabarás en dos frases y sufriendo mucho.

»—Pero, mami —replicaba yo ingenuamente—, yo de mayor quiero ser como papá.

»—¡Pamplinas! Hay que adaptarse a los nuevos tiempos; déjate de caprichos y ve a tu página, que tengo conjugaciones que hacer.

»—¡Jooo! —protestaba—. Estoy cansado.

»—¡Vamos! Y ordena bien tus letras antes de la cena. Hoy tenemos frases célebres al ajillo. ¡Y aún no he puesto las comillas a cocer!... Espero que no se queden duras.

»—Y de postre ¿qué me has hecho, mami?

»—Pastel de sinónimos, así que date prisa.»

Las conversaciones con mamá siempre acababan en la cocina. Guisaba estupendamente, pero nunca acepté sus consejos; era diferente a mí.

Ella era párrafo periodístico en un diario deportivo. Un buen trabajo. Hasta que le dio el reuma y empezaron a torcerse los palos de las bes, las des, las haches y así con todas las letras largas. Luego decía que por los huecos de las ces y de las eses le entraba frío, y que los puntos de las íes y de las jotas se le caían en otoño.

Así que fue doblándose, haciéndose chiquitita, hasta que sólo utilizaba la “o”; que, claro, no tenía por dónde doblarse ni entraba frío o se caía estacionalmente.

Al final, los porteros de fútbol

paraban, o no, los “ooooo” y los árbitros eran unos “ooo oo o ooooo”. El día que murió, estaba plácidamente dormida en la cálida redondez de la “o”.

—Señor, perdone que le interrumpa en un punto tan interesante de su historia, pero vamos a cerrar.

—Venga, amigo, sírveme la última... Bien cargadita de exclamaciones. Y brinda conmigo, por favor.

—De acuerdo, por usted. Porque le vaya mejor de ahora en adelante.

—¡Uyyy! No creo. Al final acabaré como mi padre y como tantos amigos desaparecidos. Sí, muchacho, iré con ellos a ese lugar del que jamás se regresa.

—¿Qué sitio es ése?

—La papelera, amigo, la cochina papelera.

Cuentos completos, de Rodolfo Walsh (Ed. Veintisiete Letras, 648 págs., 21'50 €)



rodolfo walsh
CUENTOS
COMPLETOS



En un mayo voluble, refugiados de la lluvia bajo la marquesina del cine Capitol, hace ya muchos años, una fortuna inolvidable me llegó de la generosidad de Javier Sorogoyen. Sacó del bolsillo interior de su gabardina unas hojas fotocopiadas y dos recortes de periódico. Me preguntó si conocía a Rodolfo Walsh y le contes-

té que no. Me alargó aquellos folios, de aspecto muy usado, que contenían tres cuentos y unos recortes de periódico. Sugirió —me ordenó, para ser preciso— que los leyera. Los comencé nada más subirme en el 7, un autobús que iba desde el centro hasta mi barrio. No fui consciente de que el autobús se moviera; me dio tiempo a leer dos veces el titulado *Esa mujer*, un cuento inquietante que desde entonces me acompaña insistentemente por la vida.

Roberto Walsh es la paradigmática solución de una tensión que todavía para la mayoría de conservadores e idealistas (en el peor sentido de los términos) no está resuelta: la establecida entre el intelectual y la política, entre la literatura y el compromiso social. Walsh mostró que puede conjugarse la excelencia literaria con la responsabilidad que dignifica y provee de transcendencia aquí, en nuestro mundo, despreciando engañosas esperanzas que aspiran a otros paraísos.

Walsh no se resguardó, como otros intelectuales hicieron y practican, tras los débiles testimonios que permiten retiradas a tiempo. El 24 de marzo de 1977 se lo jugó todo; publicó su influyente *Carta abierta de un escritor a la Junta Militar*. Unas horas más tarde fue apresado, torturado, asesinado: su nombre figura hoy en las listas de desaparecidos¹. En palabras del propio Walsh: “Nuestras clases dominantes han procurado siempre que los trabajadores no tengan historia, no tengan doctrina, no tengan héroes ni mártires. Cada lucha debe empezar de nuevo, separada de las luchas anteriores: la experiencia colectiva se pierde, las lecciones se olvidan. **La historia aparece así como propiedad privada**, cuyos dueños son los dueños de todas las otras cosas”.

Disfruté de una íntima alegría cuando hace poco me enteré de que la editorial *Veintisiete Letras* había editado los cuentos completos, hasta ahora dispersos, de Walsh. En la edi-

ción comentada hay piezas extraordinarias que resultarán admirables para los lectores: desde *El soñador* a *Los ojos del traidor*, desde *Cuento para tahúres* a *La mujer prohibida*.

Una tarde del verano de 1998, tomando café helado en el Central, le comenté a mi insustituible amiga —magnífica escritora y traductora— Marga López Bonilla, mi admiración por Rodolfo Walsh. Y también le hablé de su cuento *Esa mujer*, un relato que mi ignorancia creía casi secreto para los demás. Mi amiga sonrió indulgentemente al desvelarme que tal cuento era considerado por muchos, lectores y críticos, como el mejor escrito en Argentina durante el siglo XX.

¹Un imperdonable azar de las fechas, dos meses antes, nos masacró en España con la Matanza de Atocha, donde fueron asesinados cinco compañeros abogados y malheridos otros tantos por grupos de verdugos afines al franquismo.

Música

Damián Marrapodi

The sky is crying

—Siempre quise hacer un trío —le dije.

Salté de la cama hacia la silla y cogí la guitarra. La luz comenzaba a entrar en diagonal por la ventana, sin permiso. Ella estaba tapada de cintura para abajo. Era prostituta, hermosa y ciega. Sus pechos, blancos y pequeños, oscilaban con blandura, como un eco, cada vez que se acomodaba. Se llamaba Lenny.

—Ven aquí —me dijo.

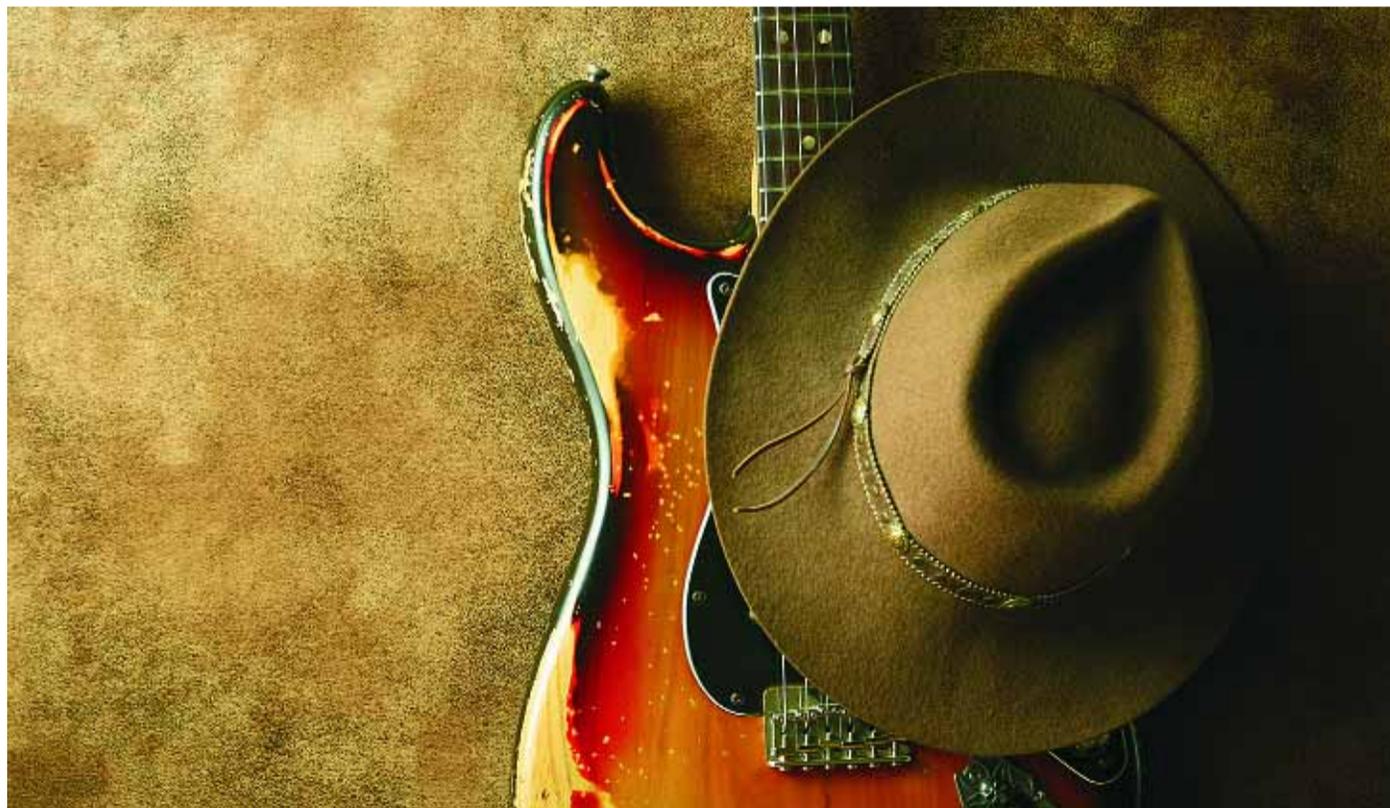
Sus suaves párpados eran lo opuesto a los de mi ex mujer, pesados como grilletos, depositarios de una frustración más grande que sus caderas. Con Lenny había retomado mi carrera de músico, me sentía capaz de recuperar el tiempo perdido.

Puse *The house is rockin* en el tocadiscos, volví a la cama y la besé. Posé la mano sobre su muslo delgado, la deslicé suave hasta llegar al cuello y le pedí que se diera la vuelta. Era como un libro; podías llevarla a la cama y enamorarte.

—Hoy no amanecerá —suspiró mientras se giraba.

La música impedía que el ruido gris de afuera nos molestase. Le acaricié el pelo. Aunque sabíamos que acabaría en cualquier momento, en el cuarto todo era eternidad.

En Texas había petróleo, homofobia y niños practicando tiro al blanco con una 38. Había mujeres hermosas y un músico increíble que solía tocar en el *Hills Country Club* de Austin; una vieja casona de madera con cowboys, borrachos, putas y, en un esce-



nario al fondo, el sombrero que escondía el rostro del guitarrista. Allí, Stevie Ray Vaughan acariciaba las cuerdas de *Number One*, su *Stratocaster* descascarillada como el bar. Pensé que no habría vida después de Jimi Hendrix, que la revolución había muerto con él, pero cuando oí a Vaughan supe que aún quedaba una trinchera.

Leave my girl alone tomó la habitación de modo irreversible, podía respirarse. Para entonces, jugaba otra vez entre las piernas de Lenny.

Sentí los espasmos de las cuerdas, las manos recorriendo el mástil de palo de rosa. El vientre húmedo se mezclaba con las yemas de mis dedos y los acordes. Ella respiraba profundo mientras Vaughan hacía el amor con su Fender.

Aquel iba a ser nuestro último encuentro.

—En Nueva York hay trabajo para mí —repetió.

—¿Por qué lo haces?

—No preguntes.

—Quédate conmigo.

—No te enamores de una puta, y mucho menos de día.

La eternidad se acababa, pero permanecieron los hechos. Stevie Ray Vaughan nos dejó un excelente disco, que sonaba en aquella habitación donde dos personas volvían a volar sin importarles que el helicóptero fuese a estrellarse.

Disco recomendado: *In step*, Stevie Ray Vaughan & Double-Trouble, 1989

Todo el peso del mundo

La niña llevaba mucho rato con la pelota, sus compañeros se la reclamaban, pero ella corría y evitaba los asaltos con la bola abrazada contra el pecho. Vino a buscar refugio en mí. Yo se la quité y la lancé para que algún amigo la cogiese. Ella se tiró al suelo y rompió a llorar con un desconsuelo digno del 11-S. La reacción de los amigos fue inmediata: le entregaron la pelota.

Aprendemos desde muy pronto a dramatizar las situaciones para conseguir la atención de los demás u obtener otro tipo de provecho, pero el victimismo es una de las argucias más mezquinas que, de forma consciente o inconsciente, podemos emplear para manipular nuestro entorno. Los malos escritores lo utilizan como método facilón de afectar a lectores sensibleros, y el aprendiz puede considerarlo una baza en su deseo de impresionar a su pareja, amigos y compañeros de taller. Así, en lugar de escribir sencillamente que a su personaje "se le escapó una lágrima", se sentirán tentados de construir una frase *emotiva* como la siguiente: "Una triste y solitaria lágrima rodó por su mejilla macilenta hasta alcanzar el mentón desde donde se arrojó al vacío".

Todo el patetismo del mundo parece insuficiente cuando el joven escri-

tor decide acumular frases recargadas para expresar el enorme sufrimiento que es capaz de albergar. Otra cuestión sería si es posible que haya sufrido tanto habiendo nacido en Occidente rodeado de comodidades; facilidad que, al fin y al cabo, puede ofuscarse mediante la autoflagelación, física o psicológica.

A quien, a falta de gotelé, haya elegido empapelar un testero con lija gruesa donde rascarse como un oso y así proveerse de arañazos profundos en la espalda para sentarse a escribir, le sugiero que antes de espolvorearse de sal para acometer el siguiente párrafo de su sufrido texto, repare en las obras de escrito-

res como Primo Levi o Imre Kertész, entre otros, con objeto de entender que quien sufrió de verdad, escribió sobre ello de forma sencilla y exenta de dramatismo. Ya hay suficiente tragedia en lo trágico como para que vengamos a reventar la credibilidad de la historia con excesos patéticos.

La sobrecarga resulta pesada por definición. Es comprensible que tanta virgen dolorosa y tanto mártir nos hayan nublado el buen gusto y la contención deseable al escribir, pero Voltaire nos puede rescatar: "Todo lo que se escribe es bueno, salvo aquello que aburre".

Una de las principales mediocridades a la que podemos exponernos es la falta de amenidad, y espero que nadie pretenda confundir este término con lo banal (tal como hacen muchas cadenas de televisión). Tratar de ser ameno es una causa elevada. Se esté o no conforme con esta idea, sugiero leer (o releer) los consejos de escritura que ofrece Italo Calvino en sus *Seis propuestas para el próximo milenio*. En concreto, el capítulo dedicado a la levedad. Me parecen unas recomendaciones imprescindibles no sólo para quien escribe. Por ejemplo, servirían también para reducir la cantidad de plastas que hay sueltas y mejorarían mucho los aburridos discursos de los políticos actuales.



Ilustración: www.emmanuellafont.com

Escritura y Psicoanálisis

Emilio Mármol

Pirámides, torres, arcas de pasado

Salgo a la calle y, a pesar de la premura que veo a mi alrededor —y en la que me sumerjo—, pienso que quizá los pasos de cada uno de los que se agitan con prisa son, de algún modo, fonemas, sílabas que, poco a poco, reunidas al final del recorrido, escriben una breve historia. Una historia o un episodio de una historia, circunstancial e incluso azarosa; todo dependerá de sus consecuencias y de cómo se trame en nuestras vidas.

¿Quién no ha pensado alguna vez que el transitar de la vida tiene sus momentos de lectura, sus momentos de dictado y sus momentos de escritura en un texto que, al final, es el libro que somos? Cada cual es un libro que se lee y se escribe. Un libro que quiere ser completado, corregido o borra-

do; y a veces, quiere ser concluido. Poco podemos decir de lo que nos depara el futuro y, en ocasiones, nos es difícil siquiera habitar en el presente. No obstante, sabemos que para vivir esas dimensiones temporales en las que parcelamos nuestras vivencias, es necesario que conste un texto que hable y atestigüe el pasado, que dé la oportunidad para que presente y futuro tomen calidad de existencia. Ese pasado es lo que llamamos nuestra historia o nuestro "mundo interior", y está habitado por recuerdos, afectos, deseos, modelos, objetos de amor y odio, fantasías y fantasmas, temores, valores, ideales, consignas...

De este modo se me figuran los viandantes a los que me he referido, como cuerpos que contienen

un mundo interior encriptado, igual que la información en las torres de los ordenadores o las leyendas en las antiguas pirámides. Un tesoro escondido; a veces encerrado a cal y canto, a veces generoso, accesible y compartido.

Estaremos más sanos cuanto más expongamos al exterior, cuanto más hagamos conocer y reconocernos en el texto que nos van y nos vamos dictando en nuestro devenir personal y social. Es una buena oportunidad poder construirnos y sanarnos en la abundancia; y la abundancia también puede ser abrir de par en par, para nosotros y para los otros, esa puerta privilegiada que nos ofrece la escritura, a cuya práctica no deberíamos renunciar.

<p>Librería rayuela</p> <p>C/Cárcer, 1 29008 Málaga 952 219697 952 220786 www.libreriarayuela.com rayuela@libreriarayuela.com</p>	<p>AGAPEA LIBROS URGENTES</p> <p>Avenida Doctor Manuel Domínguez, 6 29010 Málaga</p> <p>951 020 502 www.agapea.com</p>	<p>lasdescalzas papelería - librería copistería</p> <p>Plaza Las Delcalzas, 2 Antequera 952 844 339 info@lasdelcalzas.com</p>	<p>PROQUO LIBRERÍA UNIVERSITARIA</p> <p>C/Juan Villarazo, 28 Campus de Teatinos 29010 Málaga 952 612 871 www.proquo.com info@proquo.com</p>	<p>CINCO echegaray malaga</p> <p>C/Echegaray, 5 29015 Málaga 952 60 93 52</p> <p>www.cincoechegaray.com cincoechegaray@yahoo.es</p>
--	---	---	---	---

REVOLUCIÓN

Estaba cansado de no salir de casa, de vivir con miedo, y me sorprendió el deseo de ver mundo, así que fui a una plaza concurrida para relacionarme con otras personas.

—¡Oiga, bilguit! ¿Quién le ató esa bandera al cuello?

—¿Está usted bien, pollo? ¿No tiene calor con tanta ropa?

—¡Tú, bacalao! ¿Sabes que te clavaron un anzuelo en la barbilla?

—¿A qué tanta queja? ¡No trabajes más, mastodonte, que eres tonto!

—Pero bueno, popeye, ¿quién te pintó los brazos como el culo?

Hablé con un montón de gente, me insultaron y empujaron, recibí guantazos, capones y patadas. Una paliza digna de meses de convalecencia. Cuando regresé a casa y me tumbé dolorido en el sofá, sentí la satisfacción de no haber renunciado a mi vida.

Daniel Castillo
Málaga

LIBERACIÓN SEXUAL

Al entrar en el dormitorio, Alberto se sorprendió de que Claudia no estuviese tapada hasta las cejas. Se deslizó entre las sábanas y el roce con los pies le hizo sentir un escalofrío. La abrazó por detrás. Tocó sus curvas, los muslos. Sumergió las manos por debajo del camión y ascendió lentamente recorriendo su piel, más tersa que nunca.

Ninguna queja. Ningún “Alberto, para quieto, que tengo sueño”, ni “me duele la cabeza” o “lo siento, pero estoy con el mes”. Tiró de ella para ponerla boca arriba y trepó por su cuerpo hasta adentrarse. Claudia por fin volvía a mirarlo y sus labios entreabiertos le hicieron perderse demasiado pronto.

Alberto tomó su mano aterida y trató de entrelazar los dedos. Algo había cambiado en la actitud de su esposa; estaba menos fría que de costumbre.

Inmaculada Barreña
Málaga

PARA ESTAR MÁS MONA

Y empeñada en distanciarme del chimpancé, me debatí entre dos opciones:

1) Acudir a un centro dermoestético para una depilación láser.

2) Leer.

La primera es más cara, pero tiene la ventaja de aumentar mi atractivo de forma inmediata. Si añado unos ocho mil, dispondré además de unas tetas y caderas que asustarían a la mismísima Edurne Pasabán.

La segunda opción requiere mucho esfuerzo y sus posibilidades sólo afloran después de un rato de charla. Rato que no te van a conceder porque tus tetazas no entraron al garito tres segundos antes que tú.

Debo ser práctica: cada vez se habla más y se dice menos.

Por tanto, estoy dispuesta a recibir los tratamientos que, en contadas intervenciones, me alejarán del animal al que odio parecerme. Así, sólo un par de semanas después, podré desnudarme ante el espejo del dormitorio para admirar los resultados, ensayar la manera de mover mi nuevo cuerpo y buscar la postura rotunda que ponga a babear a quien se me antoje y le obligue a entregarme lo que yo desee, tal como hace la hembra del chimpancé.

Pablo Betancourt
Madrid

CRIMEN ECOLÓGICO

Le gustaba masturbarse bajo la ducha. Tardaba mucho en correrse.

Pablo Páramo
Almería

EL ESCRITOR

Se sienta frente a un papel en blanco. Alarga el brazo y coge la pluma. Acercándosela a los ojos, despacio, libera el capuchón. Mira la superficie desnuda del folio, se acomoda en el asiento, apoya la pluma sobre el papel y comienza a escribir. Tacha, deja algo a medias o se detiene con los ojos entrecerrados. A medida que avanza, su respiración se acelera, escribe más rápido, jadea, con la pluma rasga frenéticamente el papel vertiendo en símbolos las ideas que desbordan su cabeza. Pone el punto y final.

Se recuesta en el respaldo del asiento con los ojos cerrados. La respiración se suaviza. La pluma cae de la mano y rueda unos centímetros. El escritor levanta la vista y allí está su mujer, que lo mira fijamente con los labios contraídos y temblorosos, los ojos húmedos. Él aparta la mirada mientras ella sale de la habitación.

Francisco Vides
Málaga

Grandes remojones y otras bellas desgracias

Es larga la lista de catástrofes con que, tanto las religiones mayoritarias como las supersticiones de baja estofa, intentan manipular a la humanidad desde tiempos inmemoriales. Para ello recurren a toda clase de imágenes atroces: abismos, llamaradas, trompetas, inundaciones, impactos planetarios, hambrunas, plagas, invasiones. Por otra parte, la destrucción es también una táctica empleada por estados y grandes inversores que, en su deseo de reconstruir países, valoran los riesgos y beneficios de declarar una guerra, cuando no utilizan la amenaza como forma de control.

Los desastres nos atraen

Aunque desde una visión humanista del mundo rechazemos estas prácticas, no podemos dejar de señalar el poder de atracción que tienen los desastres. Lo saben, por ejemplo, en los despachos de Hollywood, donde no dudan en pagar los costosos efectos especiales que suministren al público su dosis de catástrofe, sea con el impacto de un meteorito, recreando historietas mayas o profecías del libro "perdido" de algún estador con nombre ostentoso, mediante detalladas secuencias de inviernos nucleares, mostrando el canibalismo de una civilización extinta o con el hombre sucumbiendo bajo el poder emergente de las máquinas.

En el caso del arte, hay dos diferencias significativas en la forma de abordar esta temática: 1) conlleva una propuesta estética, y 2) parte del intento de estudiar y recrear la condición humana. Desde el punto de vista de los vencedores (como en la batalla de Qadesh, que representa a un gigantesco Ramsés II atropellando



con su carro a decenas de enemigos), desde el de los masacrados (como en la denuncia del Guernica), o en los centenares de versiones del Juicio Final, los artistas han indagado en el poder y la impotencia, en la fascinación y el miedo que ejerce la destrucción.

En la actualidad, cuando la versión católica del fin del mundo está aparentemente superada en los países occidentales, contamos con el relevo de la amenaza ecológica. El problema del agua aparece a diario

en prensa. El miedo a la subida del nivel del mar está globalizado. Se celebran cumbres internacionales infructuosas. Y la culpa es nuestra. No podemos dejar de ser pecadores.

La amenaza ecológica: el nuevo miedo globalizado

¿Cómo no iba a abordar el arte este temor moderno?

Pablo Genovés lo hace de forma admirable en su serie de trabajos titulada *Precipitados*. Olas de dimensiones cantábricas embisten contra el altar de una catedral, el mar irrumpe por los pórticos de viejas bibliotecas, el desierto toma la platea de un teatro de la ópera. Nada escapa al poder destructor del agua, por exceso o escasez, en estado sólido, líquido o gaseoso.

Hay una serena belleza en la violencia de su propuesta. A esta sensación contribuye el material de base utilizado: postales antiguas que el artista persigue por mercadillos y anticuarios. El posterior trabajo de ampliación, fusión y retoque digital es comparable al del mejor orfebre. Los resultados sorprenden por su integración y realismo. En todas las obras destaca la sensación de nostalgia y la ausencia de personas, sólo representadas en estatuas o cuadros del decorado. Frente a ellas, el espectador se percibe a sí mismo como un superviviente de excepción.

El pavor de las estanterías repletas de libros ahogados, la irrupción fantástica de una nube en mitad de una sala de museo, el controvertido sentimiento de satisfacción ante un salón barroco fregado por el oleaje; *Precipitados* es una colección sorprendente de obras de arte que nos obligan a reaccionar y desear que, dentro de un siglo, nuestros nietos puedan mirarnos igual que hoy contemplamos un infierno de El Bosco, como un miedo superado.

Pablo Genovés (Madrid, 1959)

Trabajó como fotógrafo publicitario, pero su atracción por la pintura (el padre fue pintor) y el acceso a las nuevas técnicas digitales en Londres le abrieron el camino de la (re)construcción fotográfica. Realiza su trabajo artístico entre Madrid y Berlín.

Precipitados

Conjunto de obras gráficas creadas con procesos digitales a partir de postales antiguas. En ellas, el agua en todos sus estados (también su ausencia) configura una nueva estampa.

Exposición: Galería JM (Málaga) hasta el 24 de julio



El placer de la nada

Cuando te acercas a la gran duna de Erfoud la carretera se cubre de polvo. Poco después las lenguas de tierra extienden un velo bajo los neumáticos y finalmente el asfalto desaparece del camino. Quedas a merced de la pista que va y viene, se oculta bajo las dunas y aparece unos metros más allá marcada por hitos de piedra. El todoterreno circula sinuoso por una senda insociable que ha de guiarte al corazón del desierto. Rodar por la arena es más parecido a navegar. El volante es un timón. Sin darte cuenta el camino te atrapa, y no puedes parar, porque si lo haces te quedas clavado. Metes segunda, pisas a fondo (nada de embrague) y surcas las innumerables dunas como si de un erosionado cartón de huevos se tratara, subiendo y bajando sin descanso. Cuidado con el cambio de rasante, no se ve nada al otro lado de la cresta. No pises el freno.

Al llegar al campamento ya es de noche, descubres un firmamento de un azul denso y estrellado. Es fácil distinguir la Vía Láctea, otro sendero intransitable, recto y brillante como una esperanza ciega. Paul Bowles lo describió en su libro "El cielo protector":

—...el cielo aquí es muy extraño. A veces, cuando lo miro, tengo la sensación de que es algo sólido, allá arriba, que nos protege de lo que hay detrás.

—¿Pero qué hay detrás? —preguntó Kit con un hilo de voz.

—Nada, supongo. Solamente oscuridad. La noche absoluta.

Un fatigado bienestar produce el silencio cuando todos descansan bajo los techos ásperos de las jaimas. Es un silencio apacible y templado,



parece que hasta el tiempo está ausente. Te tumbas sobre la arena sedosa y con la vista puesta en el vacío sientes que el viento africano se ha colado en tu cerebro y ha barrido las ideas, los pensamientos, los amores y desamores, el origen y cualquier previsión de futuro. No hay nada, y sientes placer.

Para Paul Bowles, "el desierto nunca es tan bello como en la penumbra del alba o del crepúsculo. El sentido de la distancia se pierde: una ondulación muy cercana de la arena puede ser una cadena montañosa alejada, cada pequeño detalle puede cobrar la importancia de una variante

capital del tema repetido del paisaje. La llegada del día promete un cambio, pero cuando ha alcanzado la plenitud, el observador sospecha que es una vez más el mismo, el mismo día que ha estado viviendo durante mucho tiempo, una y otra vez, ese día cegador que el tiempo no ha empañado."

Con aroma a hierbabuena el amanecer se instala en el campamento cuando el sol, rojizo como la tierra, despunta y abraza las crestas con dilatadas manos. Todo es familiar, se ha borrado el paisaje y empiezas de cero a dibujar los vértices. Desde

abajo la gran duna no parece difícil, pero la imagen del vacío regresa una y otra vez cuando te atreves a iniciar el empinado ascenso con los pies descalzos. En la cima, la fatiga no es precio para que los ojos recorran toda esa distancia hasta el horizonte. Después te dejas caer de espaldas para deslizarte por la arena hasta la planicie. Pronto se despegará el sol del suelo y perseguirá tu vehículo mientras pisas a fondo el acelerador y dejas atrás el terreno abultado y seco. Al partir, ya sabes que volverás a buscar esa arena que, desde los bolsillos, se derramará el resto del año por el asfalto.

Concurso

Pablo Betancourt

1000€ por 100 palabras

Si me diesen diez euros por cada palabra que he escrito, estaría redactando estas líneas con la Mont Blanc modelo Alexander von Humboldt en la mano derecha y un daiquiri en la izquierda, desde mi yate fondeado en una bahía de las islas Caimán.

Pues, aunque parezca mentira, eso es lo que pagan en el concurso de microrrelatos de Paréntesis, que va ya por su quinto año. La apuesta por la cultura de esta asociación es ejemplar: organización del certamen, envíos postales, cartelería y publici-

dad, administración de obras recibidas, composición del jurado, selección de textos. Una importante cantidad de trabajo y dinero para publicar el micro ganador y los finalistas en un periódico de difusión gratuita. Sin subvenciones. Si no fuese por mi vín-

culo con ellos, este certamen sería una de mis citas ineludibles del año.

Concurso del mes

V Concurso de microrrelatos Paréntesis

Dotación: 1000€

Fecha límite: 30/9/2010

Más información:

concurso@asociacionparentesis.com

Victoria Civera
atando el cielo

28 mayo
29 agosto 2010

Fundación Cora-Cola
Juan Manuel Sáinz De Viñuña

cacmálaga

Centro de Arte Contemporáneo
C/ Alemania s/n. 29001 Málaga
Tel. +34 952 12 00 55. www.cacmalaga.org

Ayuntamiento
de Málaga

Colabora:



Una historia verdadera (Estados Unidos, 1999, director: David Lynch)

El viejo Alvin Straight (Richard Farnsworth) está cada vez más enfermo; necesita dos bastones para caminar. Vive con su hija Rose (Sissy Spacek), amable y tierna, pero con su entendimiento deteriorado —algo «lenta», comentan indulgentemente en el pueblo— desde su divorcio y la pérdida de la tutela de sus hijos. Para los dos, la vida transcurre apacible e insípida en su modesta casa ajardinada de Iowa.

Suena el teléfono. Les informan que el hermano de Alvin ha sufrido un infarto. Alvin se mantiene aparentemente paralizado, mirando la lluvia a través del cristal de la ventana, como si la noticia hubiera sido algo que antes o después llegaría. Rose observa a su padre; no presiente que vaya a tomar ninguna decisión. Pero algo estalla en el interior de Alvin: decide visitar a su hermano. A ambos les queda poco tiempo y hace años que no se hablan. Les separan 500 kilómetros. No puede conducir, aun así emprende un íntimo y obstinado viaje a lomos de una pequeña máquina cortacésped que apenas alcanza la velocidad de un hombre a pie; opta por hacer un peregrinaje hacia la reconciliación con su hermano y, quizá, también consigo mismo.

La historia de Alvin Straight es una solitaria película de carretera (road movie), una paciente odisea personal



en la que el enfermo y testarudo protagonista quiere dejar atrás agrios rencores. Debe hacerlo a su manera, que resulta absurda en su comunidad. Emprende un proceso vital de aceptación de sí mismo, de sus sentimientos y de la realidad. Montado en la cortacésped, el viento apenas acaricia sus mejillas y su sombrero de cowboy sólo escapa de su cabeza cuando es adelantado por algún camión. A medida que las líneas de la

carretera quedan lentamente atrás, Alvin observa su vida con perspectiva y va deshaciéndose del lastre más amargo: una pelea con su hermano, enquistada en el tiempo; desencuentro protagonizado por el alcohol, la vanidad y macerado en el rencor.

Aunque se trate de un hombre que se expresa con los silencios, encuentra en el peculiar trayecto a personajes que alecciona con su experiencia, sin moralinas ni intelectualismos. Desde una seductora humildad, iluminará con sencillas sugerencias a otros (una joven embarazada, unos hermanos gemelos, un cura o un antiguo y arrepentido francotirador del ejército).

La necesidad del viaje iniciático

Durante el viaje por la interminable carretera, con Alvin y su cortacésped ladeados en el arcén lo más posible para no entorpecer a otros conductores, un atípico David Lynch (nada tiene que ver esta película con el resto de su cine) nos regala preciosos planos de la recogida del grano en los extensos y ocreos campos de trigo. Parece querer transmitirnos que si

bien se puede quebrar una espiga en un solo instante —apenas un certero golpe de hoz—, para que vuelva a crecer es imprescindible un paciente proceso de siembra y cuidados que son imposibles de acelerar. Lynch realiza, en hermosos planos aéreos, un trabajo extraordinario al ofrecernos inolvidables atardeceres tostados envueltos en la bella música de Badalamenti.

Una historia verdadera muestra, con una sencillez asombrosa, la necesidad vital del viaje iniciático que toda persona, tarde o temprano, debe intentar realizar para descifrarse: entender mejor la vida y a sí mismo. Y no es obstáculo, como en el caso de Alvin, que tal decisión se produzca en una edad avanzada. “Lo único bueno de ser viejo es saber diferenciar la paja del grano, y que las pequeñeces se las lleve el viento”, nos dice el protagonista.

El final de la película —pleno de emociones contenidas— es sublime; puede paladearse con el mismo interés e inquietud conmovedora que cualquier otra obra de arte. El espectador asistirá a los títulos de crédito convencido de que puede ser mejor persona, con el deseo de compartir con sus allegados la serena belleza de una noche estrellada.



Si eres socio, disfruta de un **-5%** permanente en libros



fnac

www.fnac.es

Pregunta cómo hacerte Socio en tu tienda fnac más cercana; es muy fácil.

Jorge Herralde (Editor de Anagrama)

Hace 40 años, cuando usted inauguró la editorial Anagrama, la censura era feroz. ¿Cómo la esquivó? ¿Qué le fue imposible publicar?

La censura fue durísima, casi infranqueable hasta 1966. La cerrazón era insostenible para el propio régimen, y entonces se creó la llamada Ley Fraga, para dar una imagen de apertura, que permitió algunas fisuras que unos cuantos editores de izquierda intentamos ensanchar.

Se siguieron prohibiendo muchos títulos en la llamada "consulta voluntaria", que consistía en presentar el manuscrito o bien el libro en traducción y esperar el veredicto favorable del Ministerio de Cultura antes de editar un título. Pero podía optarse por publicar el libro y esperar el dictamen del Tribunal de Orden Público, que fue mi opción después de un año de demasiados libros no permitidos por la consulta voluntaria. Dicho tribunal podía secuestrar el libro, lo que provocaba una publicidad mediática que en principio no deseaban, aunque era un "derecho" que ejercían. Así, conseguí publicar títulos impensables, que sin duda no hubieran pasado dicha consulta. Y de hecho, no pocos libros que habían presentado otras editoriales no habían conseguido el permiso. Como contrapartida me secuestraron una docena de títulos, me procesaron, etc. Lógicas acciones punitivas ante una política editorial abiertamente incómoda para el régimen. Pero fue un periodo muy estimulante y satisfactorio, si uno lo puede contar¹.

¿Qué censuras encubiertas, si es que las hay, permanecen hoy?

La censura del Mercado, con una enorme mayúscula, favorable al best-seller de rápida rotación, a la novela "histórica", a la literatura femenina sentimental, a los vampiros y derivados, a las novelas miméticas de mayor o menor o nula valía, etcétera.

La absorción de unas editoriales por otras, ¿no anula la diversidad?

En efecto. Y ello tiene unos resultados nefastos para la salud cultural



© Lisbeth Salas

del país. El editor vocacional debe persistir en su proyecto cada vez con mayor rigor y dedicación, sin bajar el listón. Es su forma de resistencia, de lucha frente a la banalización, de no traicionar su vocación.

Desde que se inició Anagrama, ¿en qué han cambiado los gustos del lector?

Sólo hay que comparar las listas de bestsellers. Así, en los años 80 se situó en el primer lugar durante semanas Bella del Señor, una novela tan extensa y exigente (y extraordinaria) de un autor como Albert Cohen. Y también, en el ámbito del ensayo, Usos amorosos de la postguerra española de Carmen Martín Gaité, que significó una triunfante segunda etapa en la carrera de esta escritora.

¿Qué piensa del libro electrónico? ¿Cómo prepara Anagrama su oferta para iniciarse en ese mercado que parece inevitable?

Las opiniones contundentes me parece que parten de información insuficiente. Imagino que, al menos en el ámbito de la buena literatura coexistirá en el futuro (ahora apenas empieza el preámbulo) el libro electrónico con el libro en papel. La plataforma Librandia, de los tres grandes grupos editoriales, invitó a Anagrama,

Salamandra y Tusquets, entre otros sellos independientes, a participar en la misma. Hemos seleccionado 50 títulos que están disponibles desde junio de este año.

Suponemos que hay un instante, cuando lee un original, en el que se da cuenta de que la obra es buena, y por tanto publicable, ¿cuál es y cómo lo siente?

Es muy fácil de experimentar y más complicado (y algo inútil) intentar teorizarlo. Nabokov decía algo así como que reconocía un gran libro cuando un estremecimiento le recorría la columna vertebral: nada más subjetivo y auténtico. Para un editor no es difícil adivinar qué títulos convienen a su proyecto, a su catálogo.

¿Qué diferencia resaltaría en los modos e intenciones entre los críticos literarios españoles y los del resto de Europa?

Estamos en una época en la que el papel del crítico como prescriptor, como mandarín ejerce una influencia menor, tanto en España como en el resto de los países. Su influencia se ha visto adueñada por otras variantes de los medios de comunicación, entrevistas, reportajes, incluso prensa rosa. Y los suplementos literarios tienden a desaparecer (sólo dos sub-

sisten en Estados Unidos) o a la anorexia.

En nuestro Taller de Escritura, leemos y aconsejamos muchos de los libros de cuentos que usted edita. ¿Es el cuento un género que personalmente le gusta? ¿Cree que su formato corto tiene un buen futuro?

El género cuentístico me gusta mucho como lector y casi demasiado como editor (como creo que se demuestra en el catálogo). En general, si nos atenemos tan sólo a lo comercial, tiene un mediocre pasado y un mediocre presente. Ojalá el futuro cambie de signo. Por mi experiencia personal los libros de cuentos que mejor funcionan son aquellos que en realidad son los que reúnen "viñetas autobiográficas", así Bukowski (con su Chinaski) o Pedro Juan Gutiérrez (con su Pedro Juan): el lector no tiene que hacer el esfuerzo de "entrar" y "salir" en cada cuento (cuando empieza a estar a gusto).

En cualquier caso el futuro literario es bueno. Bien para aquellos que se ejercitan, hacen musculatura para saltar a la novela. Bien para los puros, para los que hacen frente a la hostilidad del mercado, y persisten en escribir mayoritaria o exclusivamente cuentos, como Cristina Fernández Cubas, Eloy Tizón, Berta Marsé, Quim Monzó o Sergi Pàmies.

¿Es su editorial inaccesible para los escritores que comienzan y sueñan con publicar?

En absoluto, el catálogo así lo demuestra. De todas formas ahora es más difícil ya que, a lo largo de todos estos años hay muchos "autores de la casa" escribiendo y ocupando (felizmente) buena parte de nuestro espacio editorial. Pero, por poner ejemplos más o menos recientes, hemos publicado obras de autores inéditos como Kiko Amat, el chileno Alejandro Zambra o ahora mismo el mexicano Juan Pablo Villalobos.

¹ Por razones de espacio, no reproducimos la lista de libros secuestrados y desaconsejados que el señor Herralde nos facilitó. Quien lo desee, puede consultarla en nuestra web.

El placer de contar historias

Taller de Escritura
Paréntesis
www.tallerparentesis.com
952 60 82 44



Periódico cultural gratuito
disponible también en internet
ISSN: 1989-1121
Depósito Legal MA-577-2008